

rebrote de los asesinatos tras la toma de Belchite fue el ejemplo postrero de que la sangre iba aparejada a la revolución; pero también de que, sin revolución por hacer, los asesinatos formaron parte de la implantación del poder y del control territorial en sus variables políticas, sociales, bélicas... y simbólicas.

Y es que los símbolos fueron pasto de las llamas revolucionarias porque se trataba de crear una nueva sociedad, una nueva ordenación de las cosmovisiones, abierta la oportunidad histórica por la reacción al golpe militar y la subsiguiente fragmentación del Estado. Por eso cayeron sacerdotes y se utilizaron iglesias como establos, comedores o salones sociales, se colectivizaron las tierras de los «fascistas» y se presionó sobre los «individualistas» en el marco de la nueva estructura económica y de la propiedad. Sin embargo, Ledesma huye de verbos y expresiones impersonales, y busca los rostros, actitudes, identidades y memorias de los revolucionarios y de sus víctimas. Y después propone sus conclusiones: la instrumentalización pública de la violencia en la zona republicana comenzó en 1936, precisamente durante el tiempo de su mayor apogeo, para hacer creer que aquélla franquista había sido, ante todo, reactiva y respuesta a la revolucionaria. Eso, sin embargo, se ve desmentido en el trabajo de Ledesma tanto en lo teórico (un ejercicio de aplicación de los postulados de Ch. Tilly) como en lo práctico, y tanto para el período republicano como para el bélico. No obstante, cabe señalar que el análisis peca en algunos momentos de unidireccional: que la conceptualización desarrollada sobre uno de los aspectos claves en este asunto, el del recuerdo colectivo de la violencia republicana,

tenga un marcado carácter impositivo (esto es, de arriba abajo) y no se adentre en los porqués de la generalizada aceptación de tal visión propagandística es útil para entender la instrumentación de la memoria por parte del poder dictatorial. No así tanto para analizar las lealtades generadas en quienes huyeron, sobrevivieron a la represión republicana, o fueron familiares, amigos, “camaradas” de sus víctimas.

Se trata, sin embargo, de una minúscula mácula en un estudio ante todo centrado en el análisis de la violencia, sus canales y sus efectos. Ledesma transcurre su camino desde las explicaciones antropológicas y sociológicas a las realidades cotidianas de la retaguardia. Y, desde luego, con un cuidado lenguaje y un más que correcto uso indistintamente de los acontecimientos particulares, sus fuentes y las categorías analíticas con las que entroncan, *Los días de llamas* se convierte por derecho propio en el libro de referencia sobre el tema, preluando un deseado análisis sobre toda la retaguardia republicana que, a buen seguro, el autor sabrá llevar a cabo. Eso sí: el listón queda muy alto con éste su primer libro, y las expectativas también.

**Javier Rodrigo**

**Cristóbal Gómez Benito (dir.) y Juan Carlos Gimeno, *La colonización agraria en España y Aragón 1939-1975*, Alberuela de Tubo, Ayuntamiento, 2003.**

El duro debate generado por la tramitación, aprobación y puesta en marcha del Plan Hidrológico Nacional pone de manifiesto la importancia que

posee el agua como elemento vertebrador del territorio y generador de riqueza y prosperidad. Dejando de lado los argumentos que señalan las consecuencias de su puesta en práctica en el marco medioambiental de las zonas afectadas por los trasvases, lo cierto es que el debate se ha centrado en la lucha entre las distintas regiones por un recurso capaz de generar importantes beneficios demográficos, territoriales, económicos y sociales.

En este contexto llama poderosamente la atención las escasas referencias de los políticos sobre la colonización agraria llevada a cabo en España durante el régimen franquista; experiencia en la que, tomando como eje vertebrador los recursos hídricos, se entremezclaron con mayor o menor éxito planteamientos agraristas de muy variado origen: políticos, económicos, sociales, demográficos... Quizás para evitar asociaciones incómodas en un periodo de sucesivas citas electorales o quizás por la amnesia histórica, de corte marcadamente selectivo, de nuestra clase política, la colonización franquista se convierte en una referencia de segunda fila –cuando las hay– en unos discursos que repiten inconscientemente viejos tópicos.

Es por tanto agradable encontrarse con una obra de síntesis tan completa como la realizada por Cristóbal Gómez Benito y Juan Carlos Gimeno. Ambos autores, con la colaboración de otros miembros del Centro de Interpretación de la Colonización Agraria en España y Aragón, continúan así anteriores monografías y artículos en los que la colonización agraria se ha convertido en uno de los objetivos de sus investigaciones en el campo de la sociología rural; situación ésta que ha

determinado el predominio en el presente trabajo del enfoque técnico sobre la interpretación estrictamente histórica.

Como pone de manifiesto el predominio en las citas de las fuentes secundarias sobre las primarias, esta obra lleva a cabo una interesante labor de síntesis de los trabajos realizados en los últimos treinta años sobre la colonización franquista. Esta circunstancia convierte al libro en un interesante punto de partida para todo aquél que quiera adentrarse en este aspecto fundamental de la política agraria del último siglo. Todo ello a pesar de que, por su afán sintetizador, se pasa de forma rápida y superficial por cuestiones que pueden interesar a los más entendidos en la materia, por ejemplo un análisis más detallado de las auténticas motivaciones de los grupos sociales beneficiarios o los pormenores de las ideologías agraristas falangista o socialcatólica que la respaldaron. Sin embargo, la síntesis realizada por Cristóbal Gómez Benito y Juan Carlos Gimeno no se limita a hacer un resumen más o menos interesante de monografías de mayor calado y profundidad sino que a partir de las mismas aporta una visión propia y personal de lo que fue la política colonizadora posterior a la guerra civil. Evidentemente, ello se debe a que, como ya he señalado anteriormente, no son unos recién llegados en la materia.

Si por algo se caracteriza esta obra es por un planteamiento claro y ordenado en el que los autores, conscientes de su labor de síntesis, se esfuerzan en mostrar con nitidez tanto los conceptos y fuentes fundamentales para entender la política colonizadora como los planteamientos metodológicos que constituyen la base del libro. Muestra de esta claridad expositiva es

su punto de partida, un análisis detallado, sin llegar a ser excesivamente complejo, del concepto de "colonización". A partir de ahí, sus autores emprenden un repaso de los antecedentes de la colonización franquista: desde las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena hasta la legislación agraria del periodo republicano. Sin embargo, en ningún momento el lector pierde de vista el auténtico tema argumental del texto, la colonización franquista, mostrándose la confluencia en la misma de los distintos planteamientos doctrinales preexistentes: colonización interior, política hidráulica y reforma agraria.

Como no podía ser de otro modo, la mayor parte de la obra se centra en el análisis del proceso de colonización durante el Franquismo. Su punto de partida es el repaso del contexto histórico posterior a la guerra civil, en el cual la colonización se convirtió en la alternativa de los vencedores a la tan denostada y repudiada reforma agraria republicana. Es en este contexto en el que surgirá el Instituto Nacional de Colonización (INC), auténtico instrumento de la colonización estatal, sobre el que se detallan tanto las fuentes ideológicas que lo orientaron como sus funciones.

Tras el análisis pormenorizado de las distintas etapas por la que transcurrió la política colonizadora franquista, en las que se pasó progresivamente de un modelo campesino de corte social y ruralista (1945-1962) a otro productivista de corte empresarial y econométrico (1962-1973), los autores centran su atención en los elementos básicos de planificación de la política de colonización y en las transformaciones propiciadas por dicho proceso. Así

ponen de manifiesto, tras presentar sus orientaciones básicas y sus instrumentos legales, las dificultades y experiencias del proceso colonizador en campos tan variados como el agronómico (las dificultades de la transformación al regadío o a la alteración de la estructura productiva), el demográfico (la creación y evolución de los nuevos poblados), el político (sus instituciones y organización) y el sociológico (grupos sociales y evolución del sentimiento comunitario). De esta manera los autores, tomando como base las experiencias y vivencias de los poblados de colonización trascienden el mero análisis de la legislación y los datos, de los que no se olvidan, sobre todo para el caso aragonés, para centrar su atención en su importancia para las zonas y comarcas afectadas. En sí, el objetivo de los autores, muy acorde con un enfoque sociológico, es rebasar el marco de la política nacional o regional para entrar en el de las vivencias locales y personales. Así se pone de manifiesto en el capítulo dedicado a recoger los testimonios orales de los colonos y técnicos que participaron en la colonización de las zonas regables aragonesas.

En el último capítulo, a modo de conclusión, los autores ensayan una evaluación de los resultados de la política colonizadora franquista, labor que reconocen que todavía está por hacer. Así, tras detallar sus luces y sombras, sus errores y permanencias, reconocen que todas sus realizaciones forman parte de nuestro patrimonio histórico y cultural y «constituyen una valiosa y rica experiencia en la historia de la teoría y práctica de la ordenación territorial en nuestro país» (p. 219). Está claro que a pesar de la especificidad nuestros problemas actuales, nunca

debemos olvidar, a riesgo de repetir viejos errores, volver la vista a las experiencias que nos ofrece el pasado.

**Carlos Criado Manso**

**Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, 405 pp.**

Ganador del XXXII Premio Anagrama de Ensayo con este libro, Jordi Gracia es profesor de Literatura Española en la Universidad de Barcelona y un conocido estudioso de la cultura durante la dictadura, gracias a sus anteriores libros *Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo, 1940-1960* (1994); *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962* (1996) y, junto a Miguel A. Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana* (2001). En ellos ha demostrado ser un alumno aventajado de José Carlos Mainer, de quien ha tomado una amplitud metodológica y de lecturas, siempre entre la literatura y la historia, poco frecuente entre nosotros, así como dos ideas claves, alrededor de las cuales desarrolla un ambicioso trabajo de historia cultural.

La primera, considerar la guerra civil y la inmediata posguerra no, o al menos no sólo, como una cesura – literaria, artística, cultural– en el tiempo, como una ruptura neta con la tradición liberal, como una vuelta a empezar de cero, sino, al contrario, poner el acento en las continuidades, conscientes o no, porque en la historia de la cultura no existen los adanismos. Y la segunda,

conceder una particular importancia al lenguaje y al discurso, algo esperable por la formación filológica de Jordi Gracia que, además, converge con el famoso “giro lingüístico” de las ciencias sociales, aunque con un énfasis algo mayor que en su maestro, quizás debido al impacto de la lectura aún fresca de los diarios de Victor Klemplerer. Sobre ambas ideas se construye este ensayo que aprovecha a fondo, a veces incluso en exceso, las libertades de expresión y estructura características del género ensayístico, a partir de una elemental secuencia cronológica, para recoger la información de sus precedentes estudios académicos y ofrecernos una reflexión madura y a ratos apasionante.

El libro difícilmente podría empezar con una imagen más acertada: la del fascismo como enfermedad o virus que contagia a mentes tan brillantes como las de Ortega, Marañón, Pérez de Ayala y otros grandes pensadores liberales, algo que hoy puede parecer extraño, considerando la vulgaridad, ramplonería y cursilería del discurso fascista, pero que no fue ni mucho menos exclusivo de España, como demuestran los casos de Croce (durante un tiempo), Gentile, Heidegger, Jünger, Carl Schmitt y tantos otros. Porque detrás de esta colaboración en apariencia *contra natura* había todo un proyecto intelectual e ideológico, pero también de clase, el de hacer compatibles liberalismo y fascismo o, más bien, el de revisar el liberalismo abandonando sus tendencias democratizantes a favor de las más elitistas y autoritarias, para así defender el orden público y reorganizar la sociedad sobre bases orgánicas. Es decir, algo bastante diferente a la “tercera España” que muchos han querido ver en ellos. Mientras tanto, mentes menos brillantes